

BT645

A3

1905

ES PROPIEDAD



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Tip. del Sagrado Corazón, Leganitos, 54.



## AMOR Á MARÍA

*Dignare me laudare te, Virgo sacra.*

### PARTE PRIMERA

#### MARÍA AMABLE

##### I

María amable por su excelencia  
y dignidad.

**P**ARA amar á María es preciso conocerla. Nunca será nuestro amor á la excelsa Señora tan grande é ilustrado, tierno y profundo, como debe ser, si no conocemos, según la certeza de nuestro entendimiento, lo que María es respecto de Dios y de los hombres, el puesto que ocupa en el plan y consejo divinos y lo muchísimo que le debemos.

María aparece en las Escrituras

008766

como una mujer prodigiosa, vestida del sol, calzada de la luna y coronada de estrellas (1). «Yo—dice ella misma—salí de la boca del Altísimo, engendrada primero que existiese ninguna criatura. Yo hice nacer en los cielos la luz indeficiente, y, como una niebla, cubrí toda la tierra. En los altísimos cielos puse mi morada, y el trono mío sobre una columna de nubes. Yo sola circuí el ámbito del cielo, y penetré por el profundo del abismo, me paseé por las olas del mar y puse mi pie en todas las partes de la tierra; y en todos los pueblos y en todas las naciones tuve el supremo dominio... Entonces el Criador de todas las cosas dió sus órdenes... y me dijo: «Habita en Jacob, y sea Israel tu herencia, y arraígate en medio de mis escogidos... Y me arraigué en un pueblo glorioso y en la porción de mi Dios, la cual es su herencia; y mi habitación fué en la plena reunión de los santos. Elevada estoy cual cedro sobre el Líbano, y cual ciprés sobre el

(1) Apoc., xii, 1.

monte de Sión... Extendí mis ramas como el terebinto, y mis ramas llenas están de majestad y de hermosura. Yo, como la vid, broté pimpollos de suave olor, y mis flores dan frutos de gloria y de riqueza. Yo, madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia de la salud y de la santa esperanza. En mí está toda la gracia para conocer el camino de la verdad: en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que os halláis presos de mi amor, y saciaos de mis dulces frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y más suave que el panal de miel mi herencia. Se hará memoria de mí en toda la serie de los siglos. Los que de mí comen, tienen siempre hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben. El que me escucha, jamás tendrá de qué avergonzarse; y aquellos que se guían por mí, no pecarán. Los que me esclarecen ó dan á conocer á los demás, tendrán la vida eterna» (1).

Según los Santos Padres, María es,

(1) Eccli., xxiv, 5-31.

entre todas las criaturas, la obra maestra que ha salido de las manos de Dios; el gran negocio de todos los siglos (1); reparadora del orbe, verdadera madre de los vivientes, como Eva lo fué de los que habían de morir; alba alegrísima, precursora del sol de justicia, que baja de los collados eternos, pacificadora del mundo, en cuyo virginal seno se obraron los reales desposorios de la naturaleza divina con la humana en la persona del Verbo...

Con razón se expresaban así los Santos Padres. Porque sabían muy bien que María, en la mente y decretos del Altísimo, ocupa un lugar muy superior á todas las simples criaturas, que la eleva hasta introducirla en el mismo orden divino; por manera que, subiendo de las criaturas al Criador, más arriba de la Virgen sólo se encuentra la divinidad, y, bajando de Dios á las criaturas, la primera es María, encumbrada sobre todos, ya que no por naturaleza, que en esto es

---

(1) *Negotium omnium saeculorum.* Bern. *Serm. II de Pent.*

inferior á los ángeles, pero sí por gracia, por dignidad, por la incomparable grandeza á que Dios la levantó.

Es sabido que el misterio de los misterios, la obra portentosa que Dios puso en medio de los siglos, fué la encarnación del Verbo. Jesucristo es el *alpha* y *omega*, principio y fin de todas las cosas, centro hacia el cual converge toda la creación. Él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia: Él restableció la paz entre el cielo y la tierra por medio de la sangre que derramó en la cruz (1).

Ahora bien: á este misterio de los misterios, milagro de poder y de amor, va inseparablemente unida en un mismo decreto la elección de María para Madre suya. Desde entonces, ante del rodar de los siglos, está María en en el pensamiento divino, unida indisolublemente á Jesucristo. Ya no pueden separarse. El Hijo de Dios se hará hijo de María para conducir al hombre á la consumación de su gloria. Esta mujer, Madre y Virgen á la vez,

---

(1) *Ad Colos., I, 16-20.*

le suministrará su propia carne, le llevará en sus entrañas, cooperará á su obra, y, asociada íntimamente á Él, tendrá parte en sus ignominias, en sus combates, en sus triunfos, en su gloria. Esta es María. Y esta es la raíz de sus grandezas: ser Madre de Dios, asociada y cooperadora con Cristo en la restauración del mundo. Oigamos á San Pedro Damián, discurriendo hermosamente sobre este punto: «Se hace junta celestial: trata Dios su consejo: reúne concilio: habla con los ángeles de la restauración de ellos y de la redención de los hombres, y al punto el nombre de María surge del tesoro de la divinidad, y por ella, con ella y en ella se determina obrar todo esto de un modo tal, que así como sin Él nada fué hecho, así también sin Ella nada se rehaga» (1).

Pero ¡ah! que como es fácil decir que María es Madre de Dios, así es difícil comprender el cúmulo de grandezas que encierra este título. Sería necesario para ello conocer quién es

(1) Serm. de Nativ. B. V. M.

Dios. Enmudezca aquí—exclama San Pedro Damián—y estremézcase toda criatura, y apenas se atreva á mirar lo inmenso de la dignidad de la Madre de Dios (1). El ánimo no puede concebir tanta grandeza y gracia, ni expresarla la lengua—dice San Agustín (2); y añade San Buenaventura: «Dios puede hacer otro mundo mayor, puede hacer otro cielo mayor: una madre mayor que la Madre de Dios, eso Dios no lo puede hacer» (3). Y es que, como dice el Ángel de las escuelas, «la bienaventurada Virgen, por ser Madre de Dios, tiene cierta dignidad infinita, emanada del bien infinito que es Dios; por esto no puede existir nada mejor, así como nada existe mejor que Dios» (4). María, en su cualidad de Madre, toca en cuanto es posible las mismas fronteras de la divinidad, y tiene con el Eterno Padre, respecto de su Hijo, una afinidad especial. Como el Padre, hablando con el Hijo, puede de-

(1) Serm. de Nativ. B. V. M.—(2) Serm. de Assumpt.—(3) Bonav. *in Speculo*.—(4) Stus, Thom., 1 p. q. 25, a. 6 ad 4.

cir: «*Hijo mío eres tú; hoy, es decir, en la eternidad, te engendré*»; así María puede decir con toda verdad al Verbo encarnado: «*Hijo mío eres tú; yo te concebí en la plenitud de los tiempos, y te llevé en mis entrañas nueve meses*», ¿Qué ángel no se pasma ante misterio tan soberano? ¿Pueden, acaso, darse relaciones más íntimas y sublimes entre María y las tres divinas personas de la augusta Trinidad que las relaciones que nacen de este inefable y estupendo misterio? Y ¿qué gracias, qué dones, qué carismas y privilegios se habían de negar á la que se le concedía el ser Madre de Dios? Y ¿quién se los había de negar? ¿El Padre, que la adoptaba por hija suya predilecta, y compartía con ella el poder llamar Hijo á su propio Hijo? ¿El Espíritu Santo, que le hacía sombra con sus alas, y la llamaba su Esposa inmaculada, su única paloma, toda hermosa y sin mancilla? ¿O por ventura el Verbo de Dios, la persona del Hijo que la escogió por Madre suya, y quiso hacerse hombre en sus purísimas entrañas? ¡Ah! Eso es imposible, eso es ab-

surdo. Si nosotros, con ser tan miserables y apocados como somos, hubiéramos de escogernos la madre que nos pluguiese, ¿no la elegiríamos la mejor que pudiéramos ó supiésemos? ¿Y hemos de poner en Dios otros límites, señalar otra medida, cuando trata de escoger madre para sí, que los límites y medida del poder y sabiduría de Dios? Digámoslo de una vez: Dios no confirió la divinidad á su Madre, no la hizo diosa, porque esto es imposible, porque repugna que haya más de un Dios: fuera de esto no hay, no se concibe perfección alguna compatible con el estado y condición de María que Dios no la haya concedido á su Madre, al paraíso que el Criador se formó para sí en la tierra. ¡Oh! ¡Cuán amable es María! Verdaderamente es toda hermosa, más bella que el rosicler de la aurora, más pura que el ampo de nieve que se cuaja en la cima de la sierra: en ella no hay mancilla de pecado.

¿Cómo la había de haber en la Madre de Dios? ¿En la llena de gracia, en la que venía precisamente á destruir el imperio del pecado y había de tener

con el infierno perpetuas enemistades? (1). Aparte Dios de nosotros semejante pensamiento. No; no se aviene la culpa—ora sea original, ora personal; ya grave, ya leve—con la excelsa dignidad de Madre de Dios, ni con el amor infinito que la augusta Trinidad le profesaba, ni tampoco con el destino que María había de cumplir sobre la tierra.

1 Gen., III, 15.



## II

María amable por su hermosura  
de cuerpo y alma.

**U**NA de las cosas que más cautivan y obligan á amar es, sin duda, la belleza. Lleva tras sí los ojos quien la posee, y predispone á que la favorezcan cuantos le ven. A este propósito se cuenta de la reina doña Isabel la Católica que, llevándole un caballero, mancebo de mucha hermosura y gentileza, una carta de favor para que le hiciese mercedes, y poniendo ella los ojos en su agraciado semblante respondió: «Poca necesidad tenía de carta vuestra presencia».

¿Qué diremos ahora de la hermosura de la bienaventurada Virgen María? Diremos que es tan excelente y peregrina, que no podrá dejar de amarla quien debidamente la considere. Tres suertes de hermosura podemos distinguir en la sacratísima Madre de Dios:

belleza corporal, intelectual y moral, y en todas tres fué maravillosa.

De la belleza corporal de la Virgen dicen los Santos Padres grandes encomios y alabanzas, que sería prolijo repetir. Compáranla á lo más hermoso del cielo y de la tierra, y le dan la palma sobre cuantas hermosuras mencionan los libros sagrados del Antiguo Testamento, las cuales eran figura y representación de María. Llámanla *rostro de Dios, estatua labrada por la misma mano del Altísimo*, templo viviente, formado por la divinidad para habitar personalmente en él, palacio digno del alma que encerraba y cuya vestidura era. Particularizando más, regálanse en pintarla de estatura regular y bien proporcionada, de tez trigueña, cabellos rubios, ojos garzos y brillantes, cejas graciosamente arqueadas, nariz aguileña, labios rojos y no gruesos, largos los dedos y las manos delgadas y bien formadas (1). Tal era, que el mismo Dios la alabó de

(1) Niceph., lib. II, cap. xxxii; Epiph., Canis., lib. I de laud. Virg., cap. xiii.

hermosa; y tal, que arrebatado y fuera de sí al mirarla Dionisio Areopagita, la hubiera tenido y adorado por Dios si la fe no le enseñara que era simple criatura. Pero notemos de paso que la belleza corporal de María era de un orden superior al de las bellezas humanas, y que el efecto que producía en cuantos la miraban distaba del que estas ordinariamente producen, como dista el cielo de la tierra. No tenía la belleza de María nada de voluptuosa y muelle, lánguida y enervante: su gentil talle comparado á la palmera que se cimbreaba; sus ojos como los de la paloma, bañada en las corrientes de las aguas; su cuello airoso y blanco como el marfil; sus mejillas coloradas como las rosas de Jericó; sus manos hechas á torno y derramando jacintos; su cutis blando y delicadísimo, mezcla de nieve y rosa; su aliento perfumado como el de los campos de azahar ó el de las viñas de Engaddi; sus pies menudos y ligeros como los de los ciervos ó de los gamos; su cabellera sedosa y abundante, cayendo sobre sus nevadas espaldas como lluvia de oro que

obscurece al sol; cuanto de ella dijo el enamorado Esposo de los Cantares, lejos de atraer á los hombres hacia la tierra los elevaba al cielo, infundía castos pensamientos, purificaba los sentidos, divinizaba la carne.

Sin embargo, digámoslo con verdad, por excelente que sea la belleza corporal de la Virgen Madre de Dios, debe cautivar nuestra atención muchísimo más la belleza de su alma aun física y naturalmente considerada. ¡Qué entendimiento el suyo tan noble, perspicaz y en todo perfectísimo! ¡Qué voluntad tan recta y ordenada para el bien! Según el P. Francisco Suárez, María, desde el primer instante de su Concepción y santificación, tuvo actual y perfecto uso de razón (1). Y es común sentir entre los doctores, que en el mismo instante se le infundió ciencia natural de los divinos misterios del Criador y de las cosas criadas en grado mucho más superior que alcanzó en su carrera cria-

---

(1) In D. Thom., t. II, q. 27, a. 3, disp. 4, sect. 7.

tura alguna viadora, ciencia que de día en día fué la Virgen perfeccionando durante el curso de su admirable y santísima vida. ¿Y qué mucho se infundiese á María esta ciencia y se le diese el uso perfecto de la razón, si se le concedió al Bautista en el seno de su madre y á Adán en el paraíso?

Pero la belleza por excelencia de María, la que ella más aprecia, la que verdaderamente sorprende y arrebatá á los hombres y á los ángeles y enamora al mismo Dios, es su belleza moral. Esta hermosura nace de la gracia. Y fué tan grande, tan copiosa y soberana la que desde el primer instante de su Concepción se derramó en María, que el citado Suárez, con autoridad de los Santos Padres, dice «ser piadoso y verosímil el creer que la gracia de la Virgen en su primera santificación fué más intensa que la suprema gracia en que se perfeccionan los hombres y los ángeles» (1). Por lo cual, prosigue el mismo Suárez, se

---

(1) Suárez, in D. Tom., t. II, q. 27, art. 3, disp. 4, sect. 3.



le puede acomodar aquello del Profeta: «Los cimientos de ella en los montes santos: ama el Señor las puertas de Sión sobre todos los tabernáculos de Jacob (1). Ni es esto de extrañar, porque el Altísimo que la fundó se hizo hombre en ella.» ¡Ah! digamos con San Buenaventura: «Todos los ríos entran en el mar; pero el mar no rebosa: todos los carismas entran en María; porque el río de gracia de los ángeles entra en María; el río de gracia de los patriarcas y profetas entra en María; el río de gracia de los apóstoles, mártires, confesores, doctores y vírgenes, entra en María. Pero ¿qué maravilla es, si toda la gracia se junta en María, por la que tanta gracia corre hacia todos?» (2). Y no solamente estos ríos de gracia entraron en María, sino que con ellos le fué quitado á la vez el fómite de la concupiscencia ó inclinación al mal, y se le dieron todas las virtudes infusas y todos los dones del Espíritu Santo.

Ahora, pues, ¿quién no se pasma, si

(1) Ps. LXXXVI.—(2) Spec., c. III.

se detiene á considerar por un momento cuánto acrecentó María esta gracia, recibida en el primer instante de su sér? Porque nadie piense que la Virgen tuvo baldía y ociosa esta gracia, y que en su primera santificación puso término á su ultimada santidad. No; esto sería un absurdo. María negoció, trabajó con la gracia; y de tal manera obró con ella, que con cada acto que hacía duplicaba el caudal. Porque si este doblar la gracia se concede á los ángeles en el primer instante, ¿por qué no se ha de conceder siempre á la Reina de ellos, que jamás puso impedimento á Dios, sino que obró todo lo que pudo obrar conforme á la gracia que poseía y á la moción del Espíritu Santo, castísimo Esposo de su alma, que interiormente la movía? ¿Y qué entendimiento humano puede abarcar el cúmulo inmenso de gracia, que según esto acrecentó en el largo espacio de setenta y dos años de vida inocente, santa y fervorosísima que pasó en este mundo? ¿Quién no se pierde en este hondo abismo y mar sin orillas de la gracia

de María? Vea quien quisiere los piadosos cálculos y devotas hipótesis que hacen sobre esto algunos hijos amantes de nuestra Señora; nosotros nos contentaremos con decir y preguntarnos llenos de admiración: Si á mayor gracia corresponde mayor hermosura, y tanto es más amable una persona cuanto es más hermosa, ¿cuán amable será la serenísima princesa de los cielos?



## III

**María amable por su bondad y pureza.**

**Q**UIÉN es esta que se adelanta como la aurora, hermosa como la luna, brillante como el sol, terrible como ejército formado en batalla? (1). Estas palabras de los Cantares, que la Iglesia aplica á nuestra Señora, nos la presentan en toda la carrera de su vida, adornada de divinos privilegios, á la faz de los ángeles y de los hombres. ¡Cuán amable, en verdad, nace María de las entrañas de su santísima madre, la anciana y estéril Ana! Fruto de los gemidos y oraciones de ésta y de su esposo San Joaquín, jamás ha existido en el mundo niña tan preciosa, y cuyo nacimiento causase tan pura alegría y santo regocijo. No reclinaron, es cierto, sus tierneitos miembros en cuna de marfil y oro, ni

---

(1) Cant., vi, 9.

arrullaron sus oídos los genetliacos de Atenas ó de Roma; pero recibíéronla al nacer los brazos piadosísimos de sus padres, y la adormecieron los sencillos cantares de los pastores é inocentes zagalejas, si ya no es que digamos, como algunos pretenden, que nació en las soledades del campo y entre el balido de las ovejas. ¡Cómo debieron extasiarse sus dichosos padres al contemplar aquel fruto de bendición, hermosísimo pimpollo que el cielo les regalaba en el último período de su vida! ¡Con qué embeleso recogerían aquellas dulces miradas y suave sonrisa con que la niña recién nacida les manifestaba su cariño y agradecimiento! Porque sus sonrisas y miradas no eran instintivas ni maquinales como las de otros niños, sino llenas de inteligencia y bondad y gobernadas por la razón, ya que, como hemos dicho, María, desde el seno de su madre, gozaba del perfecto uso de su razón y libertad, ¡Oh! ¡quién fuera tan feliz que hubiese podido presenciar tales escenas y tomar en sus brazos á esta niña preciosísima, que no exhalaba un

quejido, ni causaba la menor molestia, ni dió nunca muestras de enfado. ¡Oh! ¡quién hubiese podido imprimir en sus tiernecitos pies y manos siquiera un ósculo reverente!

Pero si amable se mostró María en su nacimiento y lactancia, no lo fué menos en su presentación y en la vida que llevó en el templo. Tres años contaba cuando sus padres, fieles al voto que habían hecho de ofrecerla al Altísimo se disponían á conducirla á Jerusalén para que con las otras doncellas sirviese en el templo á la divina Majestad. Cuáles debieron ser en esta ocasión los sentimientos de Joaquín y Ana, y cuánto debió, naturalmente, costarles el apartar de sí á tal hija, y desprenderse de ella para siempre, considérelo quien sepa apreciar el amor de una madre y el valor de tal Hija. El sacrificio fué inmenso: sólo inferior al amor que tenían á Dios y á su resignación en la divina voluntad. ¡Quién es capaz de expresar las oleadas de afectos que se levantaron en el corazón de María y sus padres los días que precedieron á la subida al

templo? ¡Qué ansias las de la preciosa Niña por consagrarse enteramente al divino servicio! ¡Qué deseos los de Joaquín y Ana por cumplir su promesa, generosos por una parte, tristes y melancólicos, naturalmente, por otra! ¡Y qué paz tan suave y celestial bañaba sus almas en medio de estas avenidas de afectos y del fundado presentimiento que tenían de que ya no les volvería á cobijar el mismo techo! Entre tanto Ana hacía sus preparativos para el solemne acto, y de creer es que prepararía para su tiernecita y única hija los mejores vestidos, y que el día que emprendieron su viaje á Jerusalén saldría ésta ataviada con toda la elegancia que permitía su estado.

¡Oh! ¡cuán amable y modesta aparece en este punto la hija de cien reyes, el tesoro del cielo! ¡Con qué gusto saldrían á contemplarla, y también á acompañarla, las celestes jerarquías! ¡Cómo exclamarían, al verla, llenas de admiración: ¡Cuán hermosas son tus pisadas, hija del Príncipe! (1).

(1) Cant. vii, 1.

Escribe San Francisco de Sales que Joaquín y Ana llevaban en sus brazos gran parte del camino á su Hija, yendo ella por su pie algunos ratos, si bien ayudada siempre de sus padres. Esto se verificaba principalmente cuando iban por terreno llano; y entonces la gloriosa Niña alzaba sus manitas para coger las de sus padres, que la volvían á tomar en brazos al hallar algún mal paso ó camino áspero y pedregoso. Y si la dejaban andar, añade el Santo, era, no por descansar, pues el llevarla les servía de regalo, sino por el placer de verla dar unos pasos tan pequeñitos (1).

En llegando á Jerusalén, en la primera de las quince gradas por las que se subía al templo, dicen los autores (2) que «quitó Santa Ana á su Hija el vestidito de camino y le puso el que traía prevenido para aquella solemnidad; y que descuidándose un poco de ella, comenzó la Niña á subir, sin ayuda de nadie, las gradas, y de una

(1) Serm. de la Presentación.—(2) Fr. José de Jesús María, *Vida de Nuestra Señora*.

en una las fué subiendo todas quince tan fácilmente y con tanto orden, que no parecía que le faltaba nada para la edad perfecta, comenzando á descubrir el Señor en su niñez cuán apriesa y ordenadamente había de caminar á El en las demás edades».

Cuando después de recibida la bendición de sus ancianos padres y besada su mano, se dispidió de ellos y fué introducida en las habitaciones interiores, donde vivían las demás doncellas consagradas al servicio del templo, ¿quién dirá los transportes de júbilo que sintió al verse dentro de aquellos muros, los inefables consuelos con que la inundó el Señor, las dulcísimas hablas que resonaban en sus oídos: «Oye, hija, olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura, porque El es el Señor, Dios tuyo?» (1). No nos detendremos en describir la vida más angélica que humana que llevó María en el templo: fijémonos sólo en la bondad de su carácter, en la dulzura de sus

(1) Ps. XLIV.

modales, en la placida serenidad de su rostro, en la suavidad de sus costumbres, con que se hacía amable á Dios y á los hombres. ¡Qué unida con su Amado! ¡Qué afable con sus compañeras! ¡Qué diligente en las labores propias de aquellas vírgenes, ya matizase de púrpura y oro las vestiduras sacerdotales, ya bordase magníficos tapices, ya, finalmente, trabajase en lana, biso y oro, con tanta delicadeza y primor que á todas aventajaba, y sobre todo ¡cuán pura y limpia de toda mácula, revelando al mundo la virtud sublime de los ángeles, y plantando al pie del tabernáculo la inmaculada azucena de la virginidad!

¡Oh, qué amable aparece María trebolando á los aires, en medio del tiempo y del espacio, el estandarte hermosísimo de las vírgenes, y seguida de esos innumerables coros de ángeles en la tierra que cercan al Cordero inmaculado, flores del cielo, generación hermosa, bandadas de palomas que cruzan los pantanos del mundo sin manchar sus alas con el fango que

enloda á los mortales! ¡Qué amable se presenta María capitaneando á las Práxedes y Petronilas, á las Ineses y Emerencianas, á las Aguedas y Lucías, Eulalias, Casildas, Pulquerias, Teresas y mil y mil otras que brillan en el firmamento como lucientes estrellas en una noche serena! María fué la primera que, en un tiempo en que la virginidad era desconocida y la esterilidad un oprobio y una afrenta, si no un castigo del cielo, selló con voto irrevocable una promesa que, al parecer, la excluía de la gloria mayor que pudiera ambicionar ninguna mujer sobre la tierra: la gloria de ser algún día la madre del Mesías prometido.

Pero María fué también la primera que reunió en sí, en un grado de perfección de que los mismos ángeles no son capaces, dos virtudes tan sobrehumanas como la virginidad y la humildad. Y ¿qué extraño es que con ambas sea amable á los hombres, cuando por ellas fué tan amable á Dios que atrajo á su seno al mismo Verbo del Padre?



## IV

## María amable por su humildad.

**S**UBLIME es el cuadro que presenta en la Anunciación del ángel la casita de Nazaret, convertida en ameno paraíso por las fragantes flores de virtudes que allí brotan. Como en el antiguo Edén, entablóse aquí un famosísimo diálogo entre un ángel y la mujer, cuyas consecuencias fueron tan diversas como eran distintos los interlocutores, y distintos también los móviles que los impulsaban. Allí Eva y Satanás: aquí María y Gabriel. Eva, la mujer curiosa y antojadiza que al ver el fruto del árbol prohibido deja que se le vayan los ojos, cautivos de su belleza; tan vanidosa, que al fantasear que podía ser como Dios, conocedora del bien y del mal, cree sin más inquirir lo que le dice Satanás y atropella con los mandamientos del Criador, á quien prácticamente juzga